

cómo es de extraña la ciudad
para los ojos de los pobres!

La ciudad con sus cines y sus carteles
iluminados—siempre de fiesta—
donde todo cuesta porque todo se vende
y los pobres nada tenemos que comprar.

Una mañana
amaneció con el hijo en los brazos.

En vano lo envolvió con su sangre
y con la noche
el gran sudario de los pobres.
Estaba allí
pequeño, triturado, llorándole.
Ese fruto moreno
de sus 15 años de alegría.

Cuando la luz entró, muy vaga,
como entra en las casas pobres
donde no se sabe cuando ha amanecido,
la encontró mirándose, profundamente,
hacia adentro.

Era tan nuevo—tan nuevo—
¡el primer hijo de la obrera!

La voz imperativa de la fábrica
le gritó—la mañana se desplomaba
triste, para todos los que dan
el triple del esfuerzo—

Ella seguía mirando—con los
anchos ojos fijos en sus ropas
desgarradas—en la sucia miseria de los pobres.

Los pequeños hermanos haraposos
la madre indiferente,
y el hijo que lloraba
como la única protesta.

La miseria nos pesa
como un pecado irreparable.

Desde entonces
por la herida de su vientre
la que perfiló su cara
y transformó su cuerpo
con las líneas de la maternidad
y le trajo el presente
del hijo
una alegría nueva—también desconocida